CAPÍTULO XXVI

Los panecillos benditos de San Nicolás.—La ciudad de Córdoba.—La peste.—El Ayuntamiento de Córdoba ordena una procesión.—La imagen de San Nicolás besa los pies del Crucifijo.—El Crucifijo abraza á la imagen de San Nicolás.—Un incendio en Chinchón.—San Nicolás se aparece á una viuda de Empoli.

Ya hemos visto cómo el Señor se complacía, durante la vida de Nicolás, en sostener las agotadas fuerzas de su servidor por medio de milagros llenos de una delicadeza divina. En efecto, desde el principio de su lucha con el demonio estuvo sujeto el bienaventurado á numerosas enfermedades, comenzando á decaer gradualmente, consumido por un mal que atribuía á las astucias de Satanás, enemigo jurado de sus austeridades y mortificaciones. Hemos también visto cómo la Santa Virgen, apareciéndose al hijo de Agustín, en una de sus enfermedades, le mandó que buscase un pan fresco y que lo tomase empapado en agua, si quería recobrar la salud. La Madre de Dios, en esta visión, había añadido estas palabras: «Distribuye este pan en nom-

bre de la Santísima Trinidad. Si se emplea de la manera que acabo de indicarte, mi favor se extenderá á todas las personas que de él hicieren uso. Cuando fuere llegada tu última hora, refiere esta visión á tu superior, á fin de que las futuras generaciones no se vean privadas de tan gran tesoro. A ellos solos y á todos sus sucesores concedo esta facultad hasta el fin del mundo» (1).

Tal es la institución de los panecillos de San Nicolás, por María. Según la tradición de la Orden agustiniana, el Taumaturgo observaba para esta bendición la fórmula común; mas, después de su muerte, de tal modo se multiplicaron los milagros, que el Papa Eugenio IV prescribió para bendecirlos una fórmula especial (2). Desde entonces extendióse rapidísimamente la devoción á los panecillos de San Nicolás, tomando tan grandes proporciones, que gran número de sacerdotes y de religiosos de otras Ordenes comenzaron también á bendecir panecillos. El número fué tan grande, que se elevaron consultas á la Congregación de Obispos y Regulares acerca de la legitimidad y validez de estas bendiciones; á las cuales respondió dicha Sagrada

(1) Anónimo, cuarta parte, cap. I, pág. 194.
(2) De Tombeur, in appendice ad vitam Sancti Nicolai.

Congregación, por decreto de 30 de Septiembre de 1622, que solamente los Ermitaños de San Agustín, como herederos directos y legítimos de San Nicolás, gozaban del privilegio de bendecir los panecillos milagrosos.

Durante cinco años quedó el decreto reducido á letra muerta, y, á pesar de la formal prohibición del Sumo Pontífice, por todas partes se bendijeron panecillos. Dábase por motivo y excusa de esta desobediencia el que se hacía sólo por devoción. Mas la Sagrada Congregación, por otro decreto de 1627, prohibió expresamente, y sin que valiese pretexto alguno, tal manera de obrar y de conculcar sus mandatos (1). De modo que, desde entonces, los Ermitaños de San Agustín quedaron únicos poseedores del privilegio de bendecir y distribuir el pan milagroso. Así es, en efecto, como debe llamársele; pues en verdad que los milagros con él alcanzados son innumerables. A fin de mover á los fieles á procurarse estos panecillos y á tomarlos con

(1) S. Congregatio Cardinalium negotiis Regularium præposita censuit benedictionem ac distributionem in præinserto decreto enunciatas ad prædicti Ordinis Superiores dumtaxat pertinere, etiamsi easdem, vel aliquam earum fieri contigerit devotionis causa, non autem pro indulgentiis consequendis: ac propterea etiam in hoc casu esse inhibendum confratribus, ne in præmissis quomodolibet se ingerant. Decretum Romæ, die 16 Julii, 1627.

piedad y confianza, vamos á citar algunos de estos hechos sobrenaturales, que fueron examinados y aprobados por médicos, teólogos, sacerdotes y religiosos de diversas Ordenes.

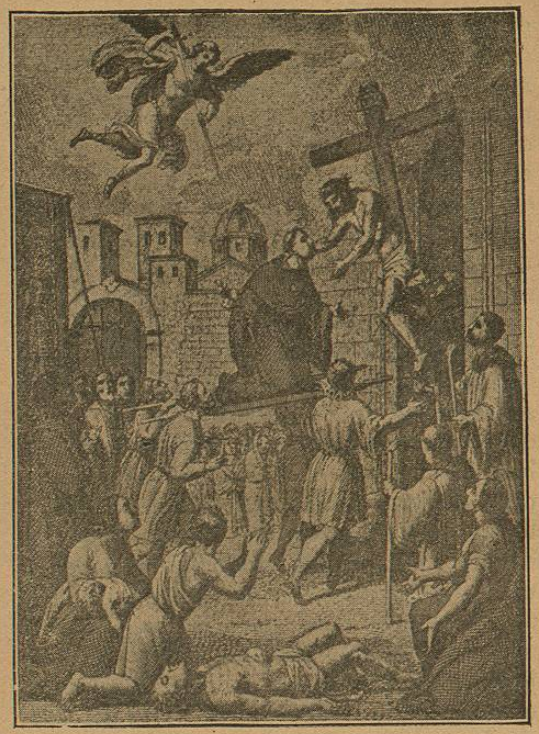
Entre las ciudades favorecidas por el Taumaturgo, fuélo de una manera especialísima la ciudad de Córdoba, que pareció escogida por la Providencia para demostrar el poder de Nicolás en el uso de los panecillos benditos. En los años de 1601 y 1602 ensañóse contra dicha ciudad una violentísima peste. El P. Cristóbal de Busto, que habitaba allí por entonces, pudo recoger y anotar un gran número de milagros. En la imposibilidad de referirlos todos, dejó escritas estas palabras: «No hubo una sola casa que no alcanzase algún socorro de San Nicolás» (1). Personas de todas las edades y condiciones, y sobre todo niños, viéronse libres en gran número, mediante la intercesión del bienaventurado, y principalmente comiendo el panecillo bendito ó al simple contacto del mismo. Diríase que el glorioso protector de Córdoba quería establecer cierto parentesco natural entre estos pequeños panes y la débil infancia, á la vez que se complacía en dar á estos seres puros é inocentes la salud, la vida y la felicidad por esta golosina del Cielo.

(1) Vix domus fuerit quæ aliquam Sancti opem non senserit. Christoph. de Bustis.

Otro hecho maravilloso resalta en la historia de Córdoba, como recompensa al profundo agradecimiento y filial confianza de esta ciudad hacia aquel que tanto parece interesarse por su suerte, colmándola de gracias y socorros del Cielo. Su devoción llegó á hacerse todavía más ardiente cuando, recrudeciéndose otra vez á los trece meses la terrible epidemia, mostróse el Cielo sordo á las multiplicadas plegarias, novenas y procesiones hechas en todos los templos. Entonces fué cuando D. Diego de Vargas y Carvajal, Gobernador de Córdoba, decretó, de conformidad con el Concejo de la ciudad, que se llevase solemnemente la imagen de San Nicolás al hospital de San Lázaro, donde se veían hacinados los miserables apestados. Esta procesión debía verificarse en secreto y en silencio, para evitar la aglomeración de gente que podía aumentar el contagio, ya tan violento.

La ceremonia tuvo lugar el jueves 7 de Junio. El Gobernador, el Ayuntamiento y veinticuatro jueces escogidos para esta circunstancia, vinieron á oir Misa en el altar de San Nicolás, en la iglesia de los Ermitaños, y, apenas se hubo acabado el Santo Sacrificio, siguieron procesionalmente con candelas en la mano á la imagen, llevada por el celebrante, al lado de la cual se habían colocado

dos grandes canastos de panecillos benditos, destinados para los enfermos. El Prior del monasterio y los religiosos formaban parte de este imponente cortejo, que haciendo alto en el convento de Nuestra Señora del Carmen, cerca de la Puerta Nueva, fué allí recibido con grande pompa, en medio de los más melodiosos cánticos. Pusiéronse desde allí en marcha hacia la llanada al cabo de la cual se eleva el hospital. Habíase de antemano preparado un hermoso camino sembrado de follaje y olorosas hierbas hasta la capilla, engalanada también de verdura y magníficamente adornada de flores, en medio de las cuales debía colocarse la imagen milagrosa. Hallábase también allí el P. Juan Navas, franciscano descalzo, revestido de alba y estola, y llevando en sus manos un Crucifijo. Todos los enfermos no acostados rodeaban la imagen, á una distancia razonable del pueblo, por evitar el contagio: á una parte las mujeres y los niños; á la otra los hombres. Paróse el cortejo entre los acordes que hábiles músicos hacían oir desde lo alto de las torres del Carmen, y arrodillóse el Padre que llevaba la imagen ante el franciscano que tenía el Crucifijo, mientras que todos los espectadores caían de rodillas implorando el socorro de Dios. Levantó entonces el religioso agustino la imagen de San Nicolás por encima de las turbas,



LA ESTATUA DE SAN NICOLÁS

AL PIE DEL CRUCIFIJO

(Tomada de un grabado del siglo XVII.)

como se eleva el cáliz en el Santo Sacrificio de la Misa, y al momento en que la cara del Bienaventurado estuvo á la altura de los pies del Salvador, un prodigio por demás admirable se obró á los ojos de todo el pueblo. La imagen, al parecer viva y animada, besó los pies de Jesús, y permaneció con sus labios fijos en las sagradas llagas, por lo menos el tiempo necesario para rezar un Credo. Habríase dicho que Nicolás, vivo, reconocía á su Divino Maestro. La asamblea, profundamente emocionada con este milagro, permaneció prosternada en tierra, mientras que de todas partes se elevaba el clamoreo de los pobres contagiados. «¡Oh Padre!, ¡oh San Nicolás!, ¡oh Santo nuestro! ¡Misericordia, salud, salud!», gritaban entre profundos suspiros. «Tú que salvas á los niños de la ciudad, ten misericordia de los desgraciados enfermos del hospital. Ruega á Jesucristo por tantos pecadores afligidos y arrepentidos» (1).

La imagen fué por un momento alejada del Crucifijo, y el más profundo silencio reinó entonces en la explanada; mas, habiéndola aproximado otra vez el religioso agustino, otra vez se renovó el milagro del sagrado beso, esta-

(1) Dum in eo campo omnes ita stabant... Crucifixipedes gloriosus Sanctus osculatus est... omnes conjunctis vocibus exclamarunt, S. Nicolae, misericordiam, etc. Christoph. de Bustis.

llando otra vez por todas partes los gritos y los lamentos: «¡Oh Padre!, ¡oh San Nicolás! ¡Ayúdanos, no nos prives de este consuelo!... ¡La salud, la salud!» Entonces se vió, ¡oh raro y estupendo prodigio!, entonces se vió al Divino Salvador desclavar sus brazos de la cruz y abrazar con tierna efusión el rostro de su glorioso servidor. A la vista de esto renováronse los clamores y lágrimas, y el entusiasmo llegó á su colmo (1).

Mas fué necesario separar las dos milagrosas imágenes, para llevarlas al hospital, á fin de consolar un gran número de mujeres contagiadas que, no habiendo podido salir al llano, estaban aguardándolas con piadosa impaciencia. «Hermanas mías en Jesucristo, dijo el franciscano enfermero del hospital, derramando abundantes lágrimas: contemplad el Crucifijo, mirad al glorioso y benigno San Nicolás, que, juntamente con estos panes bendecidos en su nombre y para consuelo vuestro, os envían los PP. Agustinos.—¡Ah, Padre San Nicolás!, respondieron á una todas aquellas desgraciadas: ¡Misericordia, misericordia!»

---

(1) Corruit ad Crucifixi pedes lignea statua S. Nicolai eosque deosculans... tandem et ipse Crucifixus e Cruce manibus resolutis Nicolaum dulciter complexus est. Zacconi. Paulettus. Leenticer. Giorgi et alii plurimi.

Buena necesidad, en efecto, tenían ellas del socorro de tan poderoso Bienaventurado, pues que la peste habíalas reducido á un estado verdaderamente espantoso. Algunas de ellas, furiosas por la violencia de la fiebre, estaban amarradas al lado de los agonizantes; otras entraban aún vivas en putrefacción ó se hallaban horriblemente hinchadas y cubiertas de las llagas más repugnantes. Todas ellas comprendían que se hallaban próximas á la muerte, y que inmediatamente serían sepultadas, sin ceremonia alguna cristiana.

Distribuyéronseles los panecillos, así como á todos los demás enfermos, y el glorioso protector de Córdoba se apresuró á obrar un milagro que sirviese para despertar la esperanza en aquellos pobres afligidos. Hallábase uno de ellos á punto de exhalar el último suspiro, con los ojos ya cerrados y enclavados los dientes, si bien todavía entendía cuando los que le rodeaban le repetían los sagrados nombres de Jesús y de Nicolás. Habiendo recobrado por un momento los sentidos, probó de repetir piadosamente estas solas palabras: «¡San Nicolás, San Nicolás!» Esto fué suficiente. Aquel mismo día abandonaba el hospital, perfectamente curado.

A partir de esta imponente y solemne manifestación en honor de este gran Santo, comenzó la peste á disminuir, y en menos de

dos meses había desaparecido por completo, después de haber durado quince meses. Hasta la completa desaparición de la peste continuaron las curaciones milagrosas, ya por comer los panecillos, ya por tocar con ellos los cuerpos de los enfermos, contándose sobre todo numerosos niños librados de la muerte por el Bienaventurado, su especial protector.

El día 12 de Agosto de 1602, el Ayuntamiento de Córdoba hizo voto de ir todos los años el 10 de Septiembre, día en que se celebra la fiesta de San Nicolás, á la iglesia de San Agustín á dar gracias á su celestial protector por la cesación de la peste, donde oirían una Misa, con sermón, en acción de gracias. Los canónigos, por su parte, prometieron acudir cuatro de ellos el mismo día á la dicha iglesia, tres para cantar la Misa y uno para predicar.

En la villa de Chinchón, diócesis de Toledo *, declaróse un violento incendio, que amenazaba invadir una gran parte de sus edificios. Habiendo acudido entre la muchedumbre de gente algunos religiosos agustinos al lugar del siniestro, uno de ellos arrojó á las llamas un panecillo de San Nicolás. Al instante mismo vióse al fuego formar un globo resplandeciente alrededor del pan, el cual per-

* Hoy día de Madrid.

maneció blanco é intacto en medio de aquel inflamado horno, que por sí mismo se apagó momentos después.

El año de 1565 divertíanse dos jóvenes doncellas, á las orillas del mar, en la ciudad de Ancona, cuando, faltando el pie á una de ellas, fué la infeliz precipitada sobre las olas, que la arrebataron consigo violentamente. Cuando pudieron volver á encontrar su cuerpo era ya cadáver, y un pez le había roído las pestañas. Noticiosa de la desgracia, corrió su pobre madre á la ribera, deshecha en lágrimas, y, preguntando por su hija á los que habían venido á consolarla y á compartir su amargura, uno de los espectadores de esta lastimosa escena, devoto servidor de San Nicolás, aproximóse entonces al cadáver, y, abriéndole á la fuerza la boca, introdujo entre sus dientes un panecillo bendito. Despertó la niña súbitamente, miró á su llorosa madre y la sonrió. Los testigos de este hecho maravilloso, llenos de admiración y de reconocimiento, quisieron unirse á esta afortunada madre para ofrecer sus homenajes á Dios, siempre admirable en sus santos (1).

La resurrección siguiente, también de un niño, parecerá tal vez más admirable. En la villa de Empoli, de la Toscana, durante una

(1) Giorgi, segunda parte, cap. XXIII, pág. 450.

época de gran carestía, quedóse una pobre viuda sin socorros y sin pan, teniendo consigo tres hijos pequeños. Un hombre rico, de perversa vida, teniendo conocimiento de su extrema pobreza, le prometió asegurarle socorros y comodidades, con tal de que consintiese en entregársele; propuesta que rechazó con cristiano valor la desgraciada madre, prefiriendo antes la muerte que ofender á Dios. Deseando, sin embargo, el Señor probar todavía más su virtud y constancia en el bien, permitió que el hijo más querido de su corazón cayese muerto de hambre en sus brazos, mientras que sus hermanos, próximos también, al parecer, á exhalar sus almas, se hallaban sumidos en una mortal agonía. A este espectáculo desgarrador para su corazón, esta madre generosa, que tenía una gran confianza en San Nicolás, prosternóse delante de su imagen y le suplicó llorando que salvase á su hijo, pero que no permitiese jamás que el exceso de su miseria la condujese al pecado.

Todavía estaba orando y gimiendo, cuando oye que llaman á la puerta. Creyendo no fuese su seductor, que viniera de nuevo á solicitarla, vacila un instante; mas implorando después el socorro de su celestial Protector, y colocando la imagen de éste sobre su pecho, abre temblando la puerta. ¡Oh sorpresa! Un religioso agustino de encantadora y sobrenatural hermosura, se presenta delante de ella y le dice cariñosamente: «He oído, hija mía, que estabas en una gran miseria, y he venido á traerte alguna subsistencia». Acto continuo preséntale un saco lleno de panecillos, y le dice: «Recibe este saco; alimentaos tú y tus hijos con el pan que contiene: no temas, que Dios no te ha de faltar en nada».

Desapareció aquél al instante, y la afortunada madre comprendió entonces que el mismo San Nicolás había hablado con ella, después de haber escuchado sus oraciones. Encerrándose entonces en su cuarto, apagó su hambre, así como la de sus dos hijos, y en seguida, inspirada por Dios, puso un pedazo de pan milagroso en la boca del que acababa de morir. Volvió inmediatamente á la vida este hijo querido, y pudo saciarse, en compañía de sus hermanos, del alimento enviado del Cielo. No se contentó el Taumaturgo con este doble beneficio, pues bajo la provisión de pan encontró la madre en el saco la suma de dinero que necesitaban hasta que pasase aquella general carestía (1).

Diremos, por fin, que un niño de dos años y medio fué resucitado en 1711 por el simple contacto de un panecillo bendito colocado sobre sus fríos labios.

---

(1) Ghezzi, pág. 244.

Todos estos milagros aumentaron prodigiosamente la devoción de los pueblos á los panecillos de San Nicolás, que todavía continúan en nuestro tiempo ejerciendo el poder maravilloso que el Cielo les concediera por la intercesión de aquel que fué el primero en hacer uso de ellos por orden de la Santísima Virgen María. Así, por los milagros y hechos sobrenaturales, hace Dios que concurran la gloria y las virtudes de los elegidos á la felicidad y consuelo de los hombres; y la felicidad y reconocimiento de los hombres, á la más grande gloria de los elegidos (1).

(1) Los Padres Agustinos bendicen el 10 de Septiembre, día de la fiesta de San Nicolás, estos panes milagrosos, y los distribuyen entre los fieles.

APÉNDICES

ARCHICOFRADÍA PRIMARIA

EN ALIVIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Esta Archicofradía es una asociación de oraciones y de buenas obras, establecida en la Basílica de Tolentino para alivio de las almas detenidas en el Purgatorio, la cual fué erigida canónicamente, por Su Ilustrísima Monseñor Sebastián Galeati, y elevada al rango de Archicofradía por Su Santidad León XIII, el 17 de Mayo de 1884. Esta Asociación reune todas las buenas voluntades, todos los corazones, como la Basílica de Tolentino reune todas las oraciones, precioso testimonio de caridad y de afecto para con nuestros amados difuntos.

Para pertenecer á ella es necesario hacer inscribir su nombre en el registro de la Archicofradía, pagar la suma de un franco, rezar cada día un *Gloria Patri* en honor de San Nicolás, y guardar en su casa una imagen ó una medalla del gran Taumaturgo de Tolentino.